

Crisis económica y Política Social

Vicente de Paula Faleiros¹

En este momento histórico que estamos viviendo en América Latina no es más posible ocultar la crisis que nos avasalla. Ni los discursos más optimistas consiguen exaltar alguna dinámica esperanzadora de una retoma de la expansión. Algunos apuntan hacia una posible mejoría de la situación internacional por la recuperación de la economía norteamericana y otros, como el presidente Mitterrand de Francia, hablan vagamente de la implantación de un nuevo orden internacional. Sin embargo, para los países subdesarrollados y dependientes la situación se agrava día a día y lo que todos notamos es que estamos quedando cada vez más pobres en una dinámica de efectos retroactivos. Los más pobres se empobrecen aun más. No se trata de una pérdida temporaria de la riqueza acumulada sino de la creación de nuevas relaciones de explotación. La pobreza es una relación contradictoria y no es un estado o un estadio de desarrollo, como suelen ser presentadas las comparaciones entre países por ejemplo en la propuesta de Rostov.

Esta relación contradictoria implica que los países centrales y los más ricos que den aún más ricos concentrándose aun más la riqueza y el poder. Este parece ser, además, el resultado final de las crisis capitalistas: la eliminación de los que no tienen condiciones de ajustarse a los nuevos parámetros del proceso de acumulación de capital.

Es un hecho ya constatado por la CEPAL que la renta per cápita de América Latina ha disminuido en 1% en el último año. No siendo un indicador completo de la distribución de la riqueza, el crecimiento de la producción venía sin embargo siendo uno de los factores de dinamización de las economías Latinoamericanas y de mantención de la posibilidad de ampliación de las ofertas de empleo y de esta forma, en cierta manera, una garantía de renta a la población. La mayor renta per cápita de América Latina en 1979 fue la de Argentina con 3.913 dólares, quedando México con 1,734 y el Brasil con 1.786. Siendo ya diminuta, esta renta esta desigualmente distribuida quedando en manos de los sectores minoritarios la detención de gran proporción del ingreso nacional. En el Brasil, por ejemplo, en 1980 el 1% de los más ricos de la zona rural posee 29.3% de la renta aumentando en 179% su participación en relación a 1970. El 20% de los más pobres pasó a detener apenas 3.8% de la renta, perdiendo 26.9% en relación a 1970. En las

¹ Ponencia magistral pronunciada en la apertura del XI Seminario Latinoamericano de Trabajo Social realizado en México, Julio de 1983. Traducción realizada por Leila Lima Santos.

zonas urbanas el 1% de los más ricos posee 14% de la renta aumentada en 7.7% en relación a 1970. Finalmente el 10% de los más ricos posee cerca de la mitad (50%) de la renta nacional, quedando la otra mitad para el resto de la población. Dicha situación se repita para los demás países de América Latina.

La situación mencionada se tornó estructuralmente más crítica tanto externamente como internamente. El publicitado crecimiento no tuvo efecto redistributivo. Además, el crecimiento económico no es lineal sino automático, pues después de tres décadas el Producto recae en la región. Según datos de CEPAL en su informe de 1982, la deuda externa en América Latina aumentó y las exportaciones disminuyeron así como las importaciones. Al mismo tiempo, las relaciones de precios de intercambio para los países no exportadores de petróleo llegaron a su más bajo nivel en los últimos 50 años, cerrándose la balanza de pagos con un déficit record de 14 billones de Dólares en 1982. El monto de ingresos de capitales extranjeros se redujo también en más de 50%.

Estos datos para América Latina manifiestan claramente una profunda recesión económica. En este momento histórico la recesión no significa un disturbio pasajero de las relaciones de cambio sino el agotamiento y la reestructuración del proceso de acumulación capitalista a nivel internacional y local. La concepción liberal destaca las relaciones del mercado como siendo responsables por los desequilibrios sociales y económicos. El sistema de mercado es visto como una relación entre oferta y demanda, entre consumo y producción o entre factores y producción. La recesión así no sería nada más que el reequilibrio del impacto del aumento de precios de petróleo. Así se pronuncia el Ministro de Planificación del Brasil en un documento distribuido a los senadores de la República el día 17 de Mayo de 1983. "El desequilibrio económico social, asociado a los choques del petróleo de 1973/74 y de 1979/80 exigió en la práctica una compensación de la recesión con inflación a nivel de la economía mundial y un ajuste estructural dentro de cada economía nacional aún no enteramente resuelto pasados ya 10 años del primer choque".

En este tipo de análisis la recesión es defendida como una medicina, "porque aumentando el desempleo se frenan las presiones salariales y se contribuye a reducir los conflictos distributivos asociados a la pérdida de arte de la renta transferida a la OPEP", dice el documento del Ministro. En estos términos la recesión asume una dimensión profundamente política como resultado y como medio de una acción gubernamentalmente para regularizar la crisis capitalista. Los propios discursos gubernamentales confirman las políticas volcadas hacia la creación de desempleo, vía recesión. El desempleo contribuye a la presión para las bajas salariales y para pagar la cuenta energética de la acumulación capitalista.

La recesión económica se inscribe pues en un contexto político de "stop and go", y de contención y estímulo al proceso acumulativo por la articulación de mini-ciclos de activismo o retracción dentro de grandes ciclos económicos más amplios. Las relaciones económicas, hoy, no pueden ser desvinculadas del proceso político de

la mantención y de la lucha por la hegemonía de los países capitalistas avanzados en la economía mundial. La política monetarista de Ronald Reagan, exactor de cine y hoy presidente de los Estados Unidos, objetiva rearticular la hegemonía norteamericana en el conjunto de otros países capitalistas concurrentes y en relación a otros países periféricos.

Esta política es una respuesta al proceso de agotamiento de la expansión capitalista del post-guerra, basada en la internacionalización del capital y en una concurrencia capitalista a nivel internacional con la expansión del Japón, de Europa y también de los capitales periféricos. En 1950 el PNB de los Estados Unidos representaba 9.4 veces el de Japón y en 1980 representaba apenas 2.2 veces. Para las mismas fechas el representaba respectivamente 3.3 y el 10.3 veces el de Brasil y 72.0 y 17.9 veces el de México.

Inmediatamente después de la segunda guerra mundial las empresas multinacionales pasaron a expandirse en las economías periféricas con la transferencia de equipamientos y tecnología que fueran sustituyendo y complementándose con las empresas nacionales. Estos equipamientos y esa tecnología eran ya ultrapasados en los países de origen. Con los lucros obtenidos en esos países y las facilidades de infraestructura y financiamiento por parte de los Estados latinoamericanos estas empresas pudieron ampliar su capital. Las inversiones extranjeras se hicieron en los sectores dinámicos de la economía como transporte y equipamientos, pero con dos consecuencias para la mano de obra: absorbiendo gran proporción de mano de obra relativa al sector y al mismo tiempo mano de obra con la utilización de capital intensivo.

Datos de la OIT, publicados por la Folha de Sao Paulo del 4/11/81 muestran que la penetración de las multinacionales trajo pocos empleos para los del tercer mundo. Mientras en los países avanzados estos empleos alcanzan la cifra de 40 millones en los demás el total de empleos creados llega apenas a 4 millones siendo 800 mil en el Brasil. Se trata –es verdad- de empleos directos, pero si multiplicáramos por 4 los empleos indirectos proporcionados tenemos aun una cifra bastante pequeña comparado por ejemplo, con una población económicamente activa de 50 millones de personas como es el caso actual de Brasil. Hay necesidad en el país de la creación de 1.5 millones de empleos por año para absorber la mano de obra que demanda trabajo. Considerando la necesidad del empleo de 0.45 manifiesta históricamente de 1940 a 1970, con crecimiento medio del PBI a 7% y de la PEA a 3.2%. Sería necesaria la mantención de este mismo ritmo para mantener la oferta históricamente constatada. Ahora bien, los más optimistas solo prevén un crecimiento medio de 4.0% en los próximos años, lo que llevaría a una absorción de un aumento de apenas 1.25% de la población económicamente activa, dejando sin empleo a más de la mitad de los que entran en el mercado de trabajo.

Además de no absorber los nuevos flujos de mano de obra, la política recesionista aumenta el desempleo de aquellos que ya están incorporados en el mercado de trabajo. Solamente en Sao Paulo la actual oferta de empleos esta igual que la de

1977, dejando en situación desesperante a millares de familias de trabajadores que migraron del campo a las grandes ciudades en las décadas anteriores. La industrialización y la urbanización aliada a la penetración del capitalismo en el campo, atrajeron millones de trabajadores rurales a las ciudades, haciendo del crecimiento urbano acelerado una de las características más importantes del proceso demográfico latinoamericano. Solamente para ilustrar la cuestión, datos del CELADE de Enero de 1977 indican un crecimiento medio de un 5.4% por año en las ciudades latinoamericanas en el periodo 1950-1970, llegando a la República Dominicana, Venezuela, Ecuador y Perú a tasas superiores al 7% y Brasil y Colombia 6.5%.

La fuerza de trabajo incorporada en la industria, sin embargo, se concentró en las grandes empresas. En México, por ejemplo, en 1970 apenas 1.71% de las empresas contaban con más de 250 obreros y sin embargo absorbían 42.3% del personal ocupado en la industria y contribuían con 53.7% del valor de la producción industrial. En el Brasil las grandes empresas multinacionales concentran los empleos en los sectores más dinámicos de la economía como por ejemplo 63.9% de la rama minerales no metálicos, 87.1% de la rama de las máquinas, 80.4% de la rama de equipamientos eléctricos, 89% de la rama farmacéutica.

El desarrollo industrial por la internacionalización del capital se basa en el desarrollo de la productividad y en las enormes facilidades concedidas por el Estado para poder estimularlo concentrándose en la producción de bienes durables de consumo. En la actual recesión solamente 70% de la capacidad industrial está siendo utilizada en el Brasil según datos oficiales, pues hay sectores que están funcionando a 40% de su potencialidad, como los ceramistas de Recife.

Hay en la post-guerra una profunda modificación en las economías latinoamericanas, basadas ahora en la triple presencia de las multinacionales, del Estado y de la Burguesía nacional asociada. No estamos aquí analizando en detalle las cuestiones estructurales, pero sí sus relaciones con la problemática social y las consecuencias de ello para la formulación de las políticas sociales. Está plenamente demostrado que hubo un aumento de la productividad en los últimos años en los países latinoamericanos más industrializados por encima de los aumentos de los salarios y de la producción y que los sectores de producción de bienes durables de consumo crecieron de forma mucho más acentuada. En el Brasil, por ejemplo, entre 1976 a 1980 el PBI creció a una tasa media de 6.2% mientras que los bienes de consumo durables aumentaron en 8.6%. En 1976 el peso de la producción de máquinas, productos metalúrgicos y equipamientos era de 30% en la producción industrial brasilera. Esta realidad era bien distante de otros países de América Latina que tienen sus economías basadas en claves agrícolas o petrolíferas, también controlados por capitales extranjeros como la producción de frutas en América Central y ambos en el Ecuador.

Esta situación heterogénea a nivel continental, que combina diversas formas de producción, se torna aún más compleja a nivel nacional con la articulación de formas de producción las más diversas, que combinan de forma desigual al desarrollo capitalista multinacional caracterizando una situación de heterogeneidad estructural que muchos denominaron como marginalidad.

En vinculación con el desarrollo industrial dependiente de la implantación de enclaves extranjeros en América Latina, se nota un desarrollo constante del sector autónomo, o de los trabajadores por cuenta propia que ocupan los espacios de las ciudades como vendedores ambulantes. Por ejemplo, en Argentina el aumento de asalariados entre 1960 a 1970 fue de 23%, mientras que el aumento de los trabajadores autónomos en el mismo periodo fue de 62% caracterizándose en subempleo. En ciudades como Asunción, Guayaquil, Quito, San Salvador, Santo Domingo, el llamado sector informal, según datos de PREALC, en 1975, alcanza a 50% de la población.

La actual recesión solo viene a agravar dicha situación. En la ciudad de Recife, en el norte de Brasil, en Diciembre de 1982, según datos de IBGE 42.43% de la población económicamente activa estaban desempleados, desocupados o trabajando por cuenta propia con una renta inferior a un salario mínimo. En Sao Paulo, según los datos oficiales, el total de sub-empleados, desocupados y desempleados alcanza el 20% de la población económicamente activa. Estas cifras no contemplan a aquellos que desistieron de buscar trabajo.

El sub-empleo es una forma de sobrevivencia predominante de gran parte de la población de América Latina y se constituye en una acción de mantención de la familia en caso de pérdida de empleo, siendo también utilizado como forma de complementación de la renta dentro de una misma familia, llegándose a la división de los gastos familiares (gas, alquiler, alimentación, transporte) de acuerdo al ingreso de cada miembro. La situación recesiva está agravando el sub-empleo, ya que los sectores medios están perdiendo su poder adquisitivo disminuyendo las posibilidades de utilización de ésta forma de trabajo. La inserción intersticial del sub-empleo se torna más compleja y difícil, llevando a la población en situación desesperada a la mendicidad y al crimen. Estas alternativas de sobrevivencia están aumentando actualmente en América Latina, generándose la inseguridad en los sectores medios y en la burguesía y el aumento de la represión.

Al mismo tiempo la política recesiva está combinada con los altos índices inflacionarios que solamente en el Brasil están alcanzando a 110% anuales siendo aún estos más elevados en Argentina. La inflación es una forma de socialización de los costos de la crisis entre la clase trabajadora, pues hace que los aumentos de precios sean repasados a los productos que son pagados por el consumidos final. Además es una situación de oligopolio como analizamos y de control de precios por el Estado en caso de los servicios públicos y empresas estatales, dichos precios son impuestos a los consumidores en una perspectiva de mantención de los lucrosa y de los ingresos, adoptándose una dinámica de

producción restringida y cara y no de una economía de escala que favorezca el abaratamiento de los productos.

Los procesos recesivos e inflacionarios se agudizan en una coyuntura de crisis de balanza de pagos y de la balanza comercial de los países dependientes por su gran endeudamiento externo en la última década y su sumisión al capital financiero internacional. A fines del 82 el Brasil acumulaba una deuda de 89 billones de Dólares, México de 78 y Argentina de 36, sumando un total de 203 billones. Solamente en interés estos países deben pagar en 1983 un mínimo de 20 billones de Dólares. La deuda externa brasilera aumentó 600% en los últimos 10 años. Esto se debe al proceso de préstamos de estos países dependientes a los bancos internacionales que reciclaban los petrodólares y veían grandes lucros inmediatos.

La política norteamericana de contener su inflación interna y cubrir sus déficits fiscales, tratando incluso de incrementar de manera fantástica su producción bélica, elevó las tasas de interés a niveles jamás vistos, creando la insolvencia de los países dependientes y obligándolos a recurrir al Fondo Monetario Internacional.

Perdiendo aún el control y la autonomía de las decisiones de sus políticas económicas, los países periféricos dependientes fueron obligados a seguir los dictámenes del Fondo Monetario: disminución de los gastos públicos, devaluación cambiaria, compresión salarial, eliminación de subsidios, haciendo del equilibrio de la balanza de pagos el objetivo prioritario de toda la política económica, con énfasis en las exportaciones. En las relaciones de periferia y dependencia aún continuamos países exportadores. Ahora nos tornamos países exportadores de manufacturados o materias primas estratégicas o importadores de nuevos productos de tecnología y capital.

En estas condiciones los Estados nacionales latinoamericanos se encuentran frente a fuertes presiones externas de los organismos financieros internacionales y frente a presiones internas más o menos manifiestas, según las condiciones políticas de mantención del autoritarismo y de movilización de las clases populares. No hay homogeneidad política en América Latina perdurando aún en varios países los Estados militares. En otros empieza a entrar en vigencia una liberalización relativa e inestable pudiéndose observar también una democracia controlada.

Si caracterizáramos el proceso de democracia por la garantía efectiva de los derechos del ciudadano por la libertad de organización y movilización y por la práctica de negociación entre las fuerzas presentes, vemos que las políticas públicas pueden ser impuestas o negociadas por el Estado junto a las fuerzas de la sociedad civil. En la coyuntura de predominancia del autoritarismo del gobierno militar, las políticas sociales del enfrentamiento de la crisis serán impuestas a los trabajadores, sin negociación en forma de paquetes, atendiendo prioritariamente a los intereses externos y del capitalismo multinacional internalizado en el país. Así, la obtención de mayores plazos o nuevos préstamos estarán sujetos a la facilidad

de la ocupación de espacios y recursos aún disponibles por el capital extranjero. La prensa Brasilia noticia cotidianamente las presiones de las multinacionales para mayor penetración de los bancos extranjeros en el país, ocupación de los recursos, facilidades en la remesa de los lucros. En casos de liberalización relativa del Estado podrá negociar algunas medidas con fracciones de la burguesía o con organismos de trabajadores cooptados por el Estado. En el Brasil el gobierno acaba de concluir un acuerdo con los dirigentes del Partido Trabalhista Brasileño que a cambio de apoyo al gobierno en el Congreso Nacional obtuvo algunas medidas paliativas para la cuestión del desempleo y de los salarios. En el México el Gobierno estableció un pacto con los dirigentes laborales cooptados que aceptaron reajustes inferiores a la inflación y en Argentina no hay conversaciones con los dirigentes peronistas moderados para la aceptación de reajustes inferiores. Además, negociar con el desempleo en el flanco ya es medio camino perdido para la presión de los trabajadores. Aun en los Estados típicamente autoritarios y militares como el chileno, la población se manifiesta en las calles con ollas vacías, exigiendo reajustes y compensaciones salariales por las constantes pérdidas de poder adquisitivo agravado por la política secesionista e inflacionaria.

Tanto los paquetes como los pactos tratan en esta coyuntura de transferir para las clases trabajadoras los costos de la crisis que además del desempleo, como fue analizado, sufre una reducción brutal de los salarios. Solamente en 1980 y 1981 los trabajadores brasileños, según datos oficiales, perdieron 19% de su poder adquisitivo. Las políticas salariales varían de país en país. Sin embargo, a la actual coyuntura no solamente la clase obrera, sino también los sectores medios están viendo sus salarios reducidos.

En el Brasil la política salarial implantada en 1979 que preveía un aumento de 110% sobre el índice del aumento de precios al consumidor para los que ganan hasta 3 salarios mínimos fue eliminada en 1983 después de las elecciones de 1982 y con reajustes nítidamente inferiores al índice de precios para los que ganan por encima de 7 salarios mínimos. Los que ganan hasta 7 salarios tienen reajustes iguales al índice de precios. Sin embargo, está previsto retirar del índice de precios los aumentos provocados por la eliminación de subsidios al trigo y al petróleo haciendo recaer sobre los trabajadores y consumidores los costos adicionales. El empobrecimiento de los sectores medios no implica transferencia de renta del capital para el trabajador, sino apenas una redistribución perversa de los ingresos entre los propios trabajadores que se hacen más pobres en su conjunto.

La política latinoamericana, en la última década alió la represión política a la represión salarial en un proceso de constante compresión de las rentas de los trabajadores y del control de sus organizaciones y liderazgos más significativos favoreciendo de manera clara el desarrollo del capital extranjero y la dependencia financiera. El Estado sirvió de medicación para apertura de nuevas fronteras financieras, desarrollándose una verdadera economía crediticia, por la captación de recursos externos e internos y el desarrollo de formas de crédito cada vez más sofisticadas favoreciendo la especulación y el agiotaje.

Al lado de la compresión salarial, el Estado ha desarrollado medios para la captación del ahorro popular con el objetivo de inyectar recursos en el desarrollo de capital financiero por intermedio de las organizaciones respectivas. Así, la propia Previdencia Social en Chile pasa a manos de grandes organizaciones económicas y en el Brasil ella se articula con los grandes bancos para recibir las contribuciones y pagar los beneficios. Se adopta una cuenta doble en la que los fondos recibidos de la Previdencia no reciben intereses y aquel que le es prestado es sobrecargado por los recargos financieros. La política habitacional está asociada a los grandes grupos financieros que penetran también en el financiamiento de los equipamientos sociales urbanos y educacionales.

Este nuevo dimensionamiento de las relaciones del Estado con la capital financiera conllevó la creación de varios instrumentos de deuda y emisión de crédito. La más reciente medida de financiamiento de programas sociales Brasileños llamado "FINSOCIAL", está controlada por el Banco Nacional de Desarrollo Económico que a partir del año pasado asumió también el apodo de social. Se trata del mayor banco de financiamiento empresarial del país.

En la crisis actual los altos intereses cobrados por la capital financiera hacen de este sector de la burguesía el principal beneficiario de la crisis, aumentando las deudas del Estado, de las empresas y de las familias.

Al lado del desempleo, de la compresión salarial, del proceso inflacionario y de los altos costos del crédito, el Estado utiliza aún dos mecanismos para socializar los costos de la crisis: El aumento de las contribuciones a los seguros sociales y el corte de los gastos en políticas sociales. Analizando la Previdencia social brasilera en 1982 las contribuciones de los trabajadores aumentaron proporcionalmente mas de 20% pasando de 8% de los salarios a 8,5 para aquellos que ganan hasta 3 salarios mínimos un máximo de 10%. Al mismo tiempo el gobierno está cortando los gastos sociales de salud, educación, trabajo, asistencia y seguridad. En 1982 estos gastos representaban 20,3% de los dispendios de la unión y en 1977 ellos alcanzaban la cifra de 46,2% disminuyendo por lo tanto en más del 50%. En los Estados Unidos la política de Reagan está basada en el corte de gastos sociales para financiar su gigantesca máquina de hacer la guerra y mantener el equilibrio y el terror.

Así, en la actual coyuntura vemos articularse, por el Estado, una política de repase de los costos de la crisis al conjunto de la clase trabajadora con las consecuencias siguientes: desempleo, inflación, compresión salarial, aumento del costo de crédito, de las contribuciones sociales y corte en los beneficios existentes. Tantos y diferentes son los mecanismos de este repase que se torna difícil analizarlos aquí. La crisis económica recesiva no genera por sí misma nuevas políticas sociales de carácter redistributivo; al contrario, tiene un carácter perverso cuyos beneficios se concentran en la fracción financiera a su vez vinculada al capital multinacional.

La crisis económica actual tiene origen en el proceso de acumulación de capital desarrollado en la post-guerra y favorable al capital multinacional, industrial y financiero. La política crediticia aquí analizada es la condición necesaria para que la población pudiese consumir los bienes durables, base de la nueva producción industrial. Ahora bien, es en estas industrias que la recesión se manifiesta fuertemente. Solamente en el Brasil la producción de automóviles disminuyó 40% de Agosto de 1981 a Agosto de 1982, afectando el conjunto de las industrias subsidiarias. En los Estados Unidos el problema de la superproducción alcanza los propios alimentos, ofreciendo el Gobierno subsidios para los que dejaran de sembrar. Y esto en un mundo en donde mueren millones de personas de hambre.

La producción capitalista solo es variable mientras sea mercancía, mientras valorice el propio capital y no mientras satisfaga necesidades sociales. La superproducción de mercancías generada por el propio proceso de acumulación lleva a la necesidad de reciclaje de este proceso. En periodos más cortos y aún en espacios más restringidos, el reciclaje se puede hacer a través de mini crisis. Estamos viviendo ahora una crisis general de la propia hegemonía americana, que intenta por todos los medios mantenerse gracias a los países periféricos y también de Europa utilizando, si fuera necesario, los medios y gastos militares para recuperarse. Si la salida militarista es una opción para los Estados Unidos, ella agrava aún más los países periféricos que deben sostener el vasto aparato improductivo de guerra de consecuencias terribles. América Central es uno de los focos de guerra limitada alimentada directamente por los Estados Unidos. En los países periféricos, la prioridad de los gobiernos, en el plano político interno, en la mantención del orden social y de la legitimación del gobierno desgastado por las consecuencias de la crisis. No faltaran recursos para los aparatos represivos y para la propaganda gubernamental de ciertos programas especiales. En esta propaganda entraron también temas diversos como deportes, diputadas políticas personales, con la finalidad de disminuir y canalizar la atención de la población. La copa mundial de fútbol que se realiza en México en el 86, ya está movilizando las emociones de todos los hinchas latinoamericanos. Viajes y encuentros no faltaran para atraer su atención.

Los programas de control de la natalidad deben ser emprendidos o reactivados siendo a su vez utilizados para culpar a la población por la crisis económica en virtud del número de hijos que producen. El control de la población por la natalidad pasa entonces a ser una aspiración de los sectores populares que cotidianamente no cuentan siquiera con una cucharada de agua pura para ofrecer a sus hijos en los barrios fríos, pobres y poluidos. En el Brasil el programa cuenta con la oposición de la iglesia, pero bajo la forma de planificación familiar el deberá desarrollarse subrepticia y constantemente. Los recursos para esto deberán provenir de las propias multinacionales interesadas en los anticonceptivos.

En el combate a la población es así más importante que el combate al desempleo. Los discursos sobre la creación de nuevos empleos se van a multiplicar y algunas medidas podrán ser implementadas para la mantención de pequeñas empresas siempre y cuando no este amenazando el proceso global de acumulación.

Varias medidas podrán ser aún activas como forma de atenuación del desempleo, como la disminución de la jornada de trabajo, las reprimendas por el desempleo en masa y ciertas garantías de estabilidad. Estas medidas solo podrán ser conseguidas por la presión de los trabajadores ya que la burguesía se resiste a dejar los mínimos espacios del control sobre los procesos de admisión, dimisión del empleo y duración de la jornada de trabajo. A través de la admisión – dimisión de trabajo, la burguesía mantiene la disciplina, base de la producción y de la productividad. A través de la duración de la jornada de trabajo, la burguesía mantiene el proceso de acumulación de plusvalía absoluta y la mantención de una reserva de trabajadores en los periodos de expansión.

La absorción de desempleados en trabajos públicos, como en 1930 se torna hoy más difícil frente al déficit público y por la necesidad de controlar la inflación y también para que no haya competencia en la capital privada con posibilidades de que en el trabajo temporal se torne permanentemente. Sin embargo, en Chile hay los famosos “empleos mínimos” que duran solamente 3 meses y son remunerados por debajo del salario mínimo.

El seguro de desempleo no existe en América Latina, aunque algunas constituciones como la brasilera y la mexicana lo mencionen. En la crisis de los años 30 esta medida más que una corrección a la situación existente se contribuye a una prevención de futuras crisis. El capitalismo no garantiza al trabajador el derecho de trabajo y en América Latina ni siquiera garantiza el derecho al seguro de desempleo. La implantación de esta medida dependerá de las luchas laborales volcadas ahora hacia la recuperación de los salarios y del poder adquisitivo perdido. El estado afirma no poseer los recursos suficientes para esta medida, pero su implantación depende de la contribución de los trabajadores y del redimensionamiento de los recursos empleados con otros sectores del capital. Como el mercado interno de cada país es aun restringido a un número limitado de consumidores, la implantación del seguro de desempleo no constituye un factor importante para estimular la demanda como lo fue en 1930. Keynes tuvo el mérito de ver el desempleo como una cuestión estructural de capitalismo y no más como vagabundeo o pereza. En los países capitalistas avanzados este seguro sirve para la disminución de las presiones sociales y para la mantención de la demanda.

Las varias formas de ejecución del seguro muestran su viabilidad técnica sobre todo si se garantiza el mínimo de subsistencia por un periodo limitado y en condiciones de búsqueda de empleo. Siendo imposible encontrar empleo inmediato el Estado tampoco tiene interés en garantizar la subsistencia del trabajador fuera de los mecanismos de trabajo.

Por otro lado, la asistencia social de América Latina no se constituye en un derecho del ciudadano, en derecho a la vida, como reza el informe Beveridge, sino más bien en un mecanismo arbitrario, clientelista, paternalista. Es la asistencia de clientela, la que cambia favores por realidades, la única alternativa variable en

este momento de crisis para los Estados Latinoamericanos frente a las presiones de las masas populares.

La asistencia se hará por la activación de las entidades privadas de beneficencia con la contribución rápida y discriminada de algunos alimentos a sectores periféricos más combativos. La lucha de los trabajadores implica también la transformación de la asistencia en un derecho, pues el hambre no tiene día marcado y la inseguridad del trabajador se torna cada día mayor.

El trabajador latinoamericano esta cada vez más desprovisto de las condiciones de subsistencia fuera del trabajo. Transformándolo en asalariado, el capitalismo destruye la economía familiar y somete al trabajador al proceso general de explotación; manteniendo la ayuda familiar es que el trabajador sobrevive como hemos visto al inicio de este trabajo. Pero en el momento en que todos pierden salario y empleo, su trabajo pasa a ser buscar empleo, desgastándose y elevando su tensión psicológica. Esta se refleja en su cuerpo con las consecuencias psicosomáticas inevitables, además de provocar la desvalorización de la mayor riqueza nacional: la población.

Las crisis capitalistas son también generadas de movimientos sociales y de agitaciones políticas que pueden amenazar el orden establecido. Estas perturbaciones pueden ser más o menos espontáneas. Fueron ellas las que en 1930 pusieron en marcha las fuerzas necesarias para la modificación e implementación de ciertas políticas sociales que aquí enumeramos. No es posible en este momento trazar un cuadro de estas fuerzas populares en América Latina. En los Estados autoritarios y militares ellas están cercenadas por la represión y en los estados democráticos parcialmente desmovilizados por las propias crisis y por la sobrevivencia.

Sin embargo, si los partidos tradicionales no tienen condiciones de movilización, nuevos movimientos sociales urbanos están surgiendo, como en Sao Paulo, poniendo en jaque al orden social y exigiendo medidas concretas para atender al trabajador expulsado del proceso productivo. Para algunos sectores talvez el propio hambre les impide movilizarse.

Hoy el trabajador latinoamericano tiene más conciencia que ayer y la urbanización viene también a contribuir para la aglutinación. Cuando la ciudad se torna peligrosa para las clases dominantes, éstas consienten, quizás, algunos sacrificios en beneficio de las clases dominadas. Cabe a los trabajadores luchar para ocupar todos los espacios de presión a fin de obtener resultados menos desastrosos.

Bibliografía

ARIDA, Persio. Divida externa, recess?o e ajuste estructural: o Brasil diante da crise. R?o de Janeiro paz e terra, 1983.

BELLUZZO, Luiz Gonzaga M. e Coutinho, Renata (ORG). **Desenvolvimento Capitalista no o Brasil. Ensayos sobre a crise.** Sao Paulo, brasilencie, 2 vol. 1983.

CADERNOS PUC. No 7. *Economía*, Sao Paulo, Cortes, maio de 1981.

CADERNO DE ECONOMIA – Folha de Sao Paulo. 12/9/82.

CASTELLS, M. **La crise économique et la société américaine.** París PUF, 1976 (Há edicao brasileira).

DOELINGER, Carlos von. *Implicacoes de acao do estado.* In **Conjuntura Economica**, Vol36, No 10 p. 99-105, outubro 1982.

FALEIROS, Vicente de Paula. **A política social do Estado capitalista.** Sao Paulo, Cortez, 1980.

FURTADO, Celso. *Endividaos precisam encontrar novos caminhos.* In **Folha da Sao Paulo**, 20/1/83, p. 22.

FURTADO, CELSO. *A crise da economia capitalista.* In **Revista de Economía Política**. Vol 3, No. 2, p. 5-15, abril- junho 1983.

GAUDIBERT, Pierre. *Crise(s) et dialectique.* In **COmunications** Vol. 2, No. 25, p. 102-108, 1976.

GONCALVES, José Francisco de Lima. *Keynes e a crise do Keynesianismo.* In **Cadernos PUC**, No. 12, Sao Paulo, Cortez, marco de 1982.

IERJ. **A economia política da crise.** Petropolis, Vozes, 1982.

KEYNES, J.M. **Theorie generale de l'interest et de la Monnaie.** París, Parzot, 1971.

KUCINSKY, Bernardo. **Abertura, a historia de uma crise.** Sao Paulo, Brasil Debats, 1982.

LICHTENSZTEJN, Samuel. *A crise do capital financiero.* In **Revista de Economia Política**, vol. 3, No. 2, p. 27-51, abril-junho 1983.

MILLER, SM. Et ROBY, P. **The future of inequality**, N. York, Basic Books, 1970.

O'CONNOR, James. **USA: A crise do Estado capitalista.** Río de Janeiro, Paz, e Terra, 1977.

PELLETIER, M. e VAILLANCOURT, Y. **Les politiques sociales et les travailleurs.** Montreal, Edicao do Autor, 1974, Cahier IV, Les Années 60.

PIVEN, F. e CLOWARD, R. **Regulating the poor**. N. York, Vintage Books, 1971.

Poulantzas, Nicos (org.) **La crise de l'Etat**. París, PUF, 1976 (Há uma edicao brasileira deste texto).

STOLERU, L. **Vaincre la pauvreté dans les pays riches**. París. Flammarion, 1977.

TAVARES, María da Conceicao. A crise financeira global. In **Revista de - Economia Política**. Vol. 3, No. 2, p. 15-27, abril/junho 1983.

VINGRE, M. **Le social c'est fini**. París, Autrement, 1980.

TOAKMAN, Victor e SOUZA, Paulo Renato (org.) **El empleo en América Latina**. México, Siglo XXI, 1976.